



Richard Páez Monzón: Nunca se pierde, se aprende

Melanny Hernández R.

Correspondencia: Instituto de Medicina Tropical - Facultad de Medicina -
Universidad Central de Venezuela.

Consignado el 31 de Diciembre del 2000 a la Revista Vitae Academia
Biomédica Digital.

RESUMEN

Las vueltas de la vida, esas que tildan de misteriosas, hicieron que un médico colgara a ratos la bata blanca, sin despojarse por ello del halo del científico, y vestido con pantalones cortos y zapatos deportivos, invadiera los campos verdes para inyectar optimismo, constancia y ambición a la selección venezolana de fútbol, aquejada para entonces por el miedo y la inseguridad. Los logros alcanzados indican que el diagnóstico y el tratamiento fueron acertados. El espíritu de los venezolanos lo agradece.

EL BALÓN COMO NORTE Y LA MEDICINA POR RUMBO

Cuando llegaba junto con casi una veintena de jóvenes, muchos le esperaban ya con expectación y veían como, uno tras otro, descendían del autobús, que tras recorrer buena parte de la urbe caraqueña traía a la oncena de fútbol nacional y a su mentor: Richard Páez Monzón.

Quienes allí se encontraban, por una u otra razón, sabían quién era, especialmente porque, de un tiempo a esta parte, es común para los venezolanos verlo en la televisión, en la prensa o escucharlo en la radio, ya sea para hablar de la selección o para promocionar algún producto. Sin embargo, no muchos sabrían que Richard Páez, es médico, egresado de la Universidad de Los Andes (ULA), en Mérida, Venezuela, con postgrado en traumatología en la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Entonces, de frente a las extensa llanura verde del Estadio Olímpico de la Universidad Central de Venezuela (UCV), Richard Páez, venezolano, nacido en Mérida, el 31 de diciembre de 1953, lleva el

uniforme vinotinto con imponentia. Su voz grave, esa misma que delata su procedencia andina, va acompañada de un brillo en los ojos, nada extraño en quien se define como un soñador.

El encuentro se realizó no con la calma necesaria, sino con la prisa que el momento exigía. Preguntas iban y respuestas venían al tiempo que el equipo se disponía a entrenar para próximas citas. La primera contra Estados Unidos, cuyo resultado no fue el deseado, y la otra contra Jamaica, donde los dos tantos nacionales se tradujeron en celebración colectiva. De este modo, se obtuvo la cuarta victoria consecutiva en casa y sin recibir gol alguno de los adversarios.

LA VIDA EN UN GOL

Miembro de una familia numerosa, el cuarto de doce varones, probablemente no imaginó que los partidos informales, en los que “los temibles Páez” competían con otras proles tan numerosas como la suya, lo llevarían, pasado mucho tiempo, a ser sino el artífice si el orfebre que ha creído en el diamante en bruto que yacía inadvertida en la oncena venezolana de balompié.



Páez en su etapa de jugador

De seguro que sus padres, ambos venezolanos, Dora Alicia Monzón, nativa de Jají, estado Mérida, y Guillermo Enrique Páez, psiquiatra oriundo de Maracaibo, estado Zulia, se esmeraron en darle una buena crianza e inculcarle el amor por la familia. Como prueba de ello, al ser interrogado sobre algún recuerdo especial de su infancia, sin titubear, responde “ser feliz”; así como señala que el papel de su familia en su vida es total. No en vano, cuenta entre sus mayores alegrías a su esposa, Yajanira Gómez y a su hijo Ricardo David, de 24 años, quien no sólo juega en la selección venezolana sino en la América, de México.

Páez, quien jugaba en las posiciones de volante y delantero, inició su carrera como futbolista profesional en 1971, en la que se mantuvo cerca de 20 años. En ese período, formó parte de distintos equipos reconocidos en el balompié criollo como Estudiantes de Mérida – del cual fue mediocampista estelar - Portuguesa, Deportivo Táchira y Universidad de Los Andes (ULA); y participó en varias ediciones de torneos como Copa Libertadores, Prelibertadores, Selección Nacional, Minicopa del Mundo y además dos Copas América.

Por estos tiempos, conoció a Francisco “Pollo” Sandoval, técnico auxiliar de la selección de Portuguesa, del estado de los llanos que tiene el mismo nombre, quien lo dirigió para la Copa Libertadores de 1979, y lo define como un jugador lento, pero exigente, fuerte y con mucha visión de juego.

En 1988 se retiró de las canchas y tomó un reposo de tres años. Luego, en 1991 inaugura otra etapa de su vida personal y deportiva: la de entrenador deportivo, en la que conduciría a distintos equipos venezolanos como la Selección Juvenil de Mérida, Unión Atlético Táchira, Universidad de Los Andes, Estudiantes, Selección Sub 20, y una década después a la Selección Nacional de Fútbol, considerada para entonces, la cenicienta de la arquería latinoamericana.

DE LO ETEREO A LO TERRENAL

Aunque, el traumatólogo desacredita las fórmulas mágicas, no le resta importancia a la fe, que ha permitido trascender las ilusiones que sobre el equipo de fútbol venezolano se han tenido. “Se creía pero no se cumplía con argumentos en la cancha. Ahora se cree fuera y adentro de la cancha, ya que la estrategia ha sido coherente con la motivación teórica que se ha desarrollado en los muchachos”, destaca, mientras observa atento a sus jugadores.



Paéz apuesta al éxito de la Vinotinto

Sin embargo, la certeza del refranero popular que dice “A Dios rogando y con el mazo dando”, ha llevado a realizar ciertos cambios de táctica. Ya no sólo se defiende, también se ataca. “Ahora asumimos el estilo de equilibrio, o sea, de atacar y defender. Estamos preocupando al rival, y al hacer que se defienda le estamos quitando fuerza para atacarnos. Esa es una idea futbolística esencial”, argumenta Páez.

Los resultados obtenidos son patentes y los tantos anotados ante los contrarios son testimonio de ello.” Demostramos que podíamos ganar, y no sólo eso, sino lograr hacerlo sin que nos metieran ni un gol, algo insólito para el fútbol venezolano”, amplía.

Tales méritos llevaron a la selección de Venezuela a ratificar a Páez en su cargo para los próximos cuatro años. El contrato comprende la preparación para el ciclo olímpico y las ediciones 2003 y 2005 de la Copa América.

No en vano, Luis Alonso Pérez, entrenador de la selección nacional, opina que el paso de Páez, como persona y como técnico, por la oncena ha sido, además de provechoso, muy exitoso. El orden de ideas y el énfasis para llevarlas a la práctica, son en opinión de Pérez, unas de las mayores cualidades del director técnico.

El ascenso lento, pero notable del equipo de uniforme vinotinto, que ha pasado de la posición 115 al 81, y la confianza recién granjeada ha incubado una inquietud en buena parte de los venezolanos: la posible participación de Venezuela en el Mundial de Fútbol Alemania 2006.

Ante esto, Páez, con realismo aderezado de optimismo, reconoce que se trata de una meta difícil. “Otros países lo han hecho bien y no han podido, nadie ha dicho que va a ser fácil, pero entre todos lo vamos a cumplir si nos convencemos de que es posible”, resalta con firmeza. De cualquier modo, no hay cabida para la derrota, pues, como expresa, “Nunca se pierde, se aprende. Se gana y se aprende o se aprende solamente, no se pierde”.

CUANDO EL BALÓN Y EL ESTETOSCOPIO CONVERGEN

Ante los logros cosechados, resultará curioso, por decir lo menos, que el co-partícipe de la relevancia alcanzada por la vinotinto – como con inusitada estima le dicen a la selección nacional – sea un hombre ligado a la ciencia y no al deporte. Sin embargo, Páez no establece relaciones de causalidad al respecto. Cree que se trata de una consideración puntual, porque ha ocurrido con él, pero no subestima las herramientas que le proporciona el hecho de ser médico, tal como la destreza para coordinar, de manera sincronizada y organizada, distintos talentos y aptitudes, lo

cual demanda estudio y trabajo. Esto implica tiempo y mucho sacrificio, así como obstáculos que vencer progresivamente. Esas, subraya, “son las cosas que se han visto en la selección nacional”.



Ahora bien, si la medicina ha estado al servicio del deporte, o viceversa, no es un asunto controvertido para el galeno “Lo importante es el ser humano que cumple sus objetivos. La medicina es mi vocación, una tremenda responsabilidad profesional; pero el fútbol es simplemente el arte, la pasión, la grandeza de cumplir objetivos cuando todo el mundo creía que no se podían”, asevera. No se trata pues de una pugna entre intereses divergentes.

Tras alcanzar el éxito, con el balón bicolor a los pies, confiesa que nunca se ha planteado tener otra profesión que no sea la de médico. “...En estos momentos no soy de los que echa para atrás para ver qué hizo bien o qué hizo mal. Estoy contento con lo qué he logrado y creo que el techo aún no me llega”, recalca.

De aquí que, la transición de médico traumatólogo a Director Técnico de la selección venezolana resultará sencilla, y natural si se quiere, para Páez. Cuando jugaba fútbol pudo decirse ‘no voy a desfallecer para ser traumatólogo’, y ahora que ha alcanzado estabilidad personal y laboral no ha desfallecido en mantenerse en lo que, según dice, ha movido toda su vida: la camiseta vinotinto.

TRAS LA FORMACIÓN INTEGRAL DEL SER HUMANO

En su época de estudiante, hace veinte años, fue difícil cumplir con ambas facetas. La carrera de medicina era absorbente, necesitaba mucho sacrificio. En el ámbito deportivo la situación no era distinta. Fue necesario hacer un gran esfuerzo, que se vio enriquecido con el apoyo que le brindaron en la medicina para continuar con el fútbol, y en el fútbol para proseguir en su carrera. “Fue un feedback muy adecuado. A la larga también me sirvió haber sido fiel a ambos aspectos: la vocación por la medicina y la pasión por el fútbol”, relata.



Páez exhibe sus destrezas futbolísticas

Esta experiencia le permite sostener que el deporte y las carreras profesionales deben encaminarse de manera conjunta. La unión de la inteligencia con la potencia física del ser humano deben ser prioridades para las universidades y sus autoridades.

Actualmente sigue ejerciendo la medicina, aunque no con el mismo tiempo de antes. “Tengo un grupo de amigos médicos que conformamos un equipo de trabajo, lo que me permite mantenerme en la profesión con tranquilidad. Entre ellos está José Filippi, traumatólogo, quién – por cierto - medica a los

jugadores”, comenta.

No obstante la menor dedicación a la ciencia de Hipócrates, su desempeño es incuestionable. Richard Méndez, integrante del noticiario de Meridiano TV, asegura que más de un jugador foráneo ha venido a Venezuela para ser atendido, e incluso operados, por Páez. Para ilustrar, Méndez comenta que Rubert Morán, jugador de la selección venezolana, luego de sufrir una

grave lesión en las rodillas se recuperó en menos de un año y ha mostrado un buen desempeño. Es entonces, cuando dentro de las cuatro paredes del consultorio, bien del Centro Ambulatorio de la Universidad de Los Andes o de la Clínica Mérida, en el estado Mérida, vestido con la bata blanca, recibe a los pacientes, quienes frecuentemente muestran particular alegría – inusual para quien tiene una dolencia y es examinado por un médico - y antes de señalarle su padecimiento le felicitan y elogian por su labor deportiva.

CONVICCIÓN Y TRABAJO: UNA DUPLA INFALIBLE



La selección venezolana de fútbol minutos antes de su entrenamiento

Al referirse a una figura emblemática por la que sienta admiración, Páez, deja entrever cuán arraigado está su espiritualidad, y lejos de mencionar a algún galeno o a un deportista, totalmente terrenal, pasa a otro plano, eleva ligeramente su mirada y dice “Cristo”. ¿Por qué?. La respuesta sólo puede ser una. “Por ser el personaje más grande que ha tenido la historia, porque dio su vida por un concepto de ilusión que quería, no para él sólo, sino para todos”.

Pero, del mismo modo que cree en figuras celestiales lo hace en sus prójimos y en sí. Son, precisamente, esas mismas creencias en las propias capacidades las que han permitido cosechar frutos que van más allá de los límites del campo de juego. Uno de ellos ha sido la creación de un modelo de unidad nacional, a partir de la suma de las virtudes de un grupo de hombres, por encima de sus defectos. “Todos debemos poner a la disposición del país nuestras virtudes, y en eso los líderes deben asumir su papel con rectitud y sabiduría para idear un proyecto de país a futuro. De esa manera, podremos conseguir la razón existencial de un país joven que necesita cosas mejores”, enfatiza Páez.

Aunque no cuente con una esfera de cristal, se atreve a hacer, con más aplomo que añoranza, augurios venturosos para el futuro. “Me veo dentro de cinco, diez años contemplando las grandezas de un país que alcanzó los resultados que se propuso y que salió de una crisis fortalecido”.

Para quien tiene entre sus máximas personales: “La convicción y el trabajo es lo que nos lleva siempre a grandes logros”, de lo que tiene pruebas fehacientes, puede esperarse que los sueños se conviertan en realidad.